

CULTURA ANDINA: CONFLICTOS Y PERMANENCIAS.

Hace más de un año, cuando pensamos dedicar un número de Allpanchis al tema de la "cultura andina", nos proponíamos en realidad abordar un problema más específico que el expresado en un título así. En efecto, se trataba de confrontar a la cultura popular campesina, al mundo material y mental de los quechua y aymarahablantes, con los cambios que inevitablemente acarreó en los espacios rurales el desarrollo del capitalismo: por lo menos, en términos cronológicos, el tema debía circunscribirse a fechas recientes que, como lo decíamos expresamente, podrían ser los últimos cincuenta años. Esperábamos recoger colaboraciones que abordaran algún aspecto del problema, por ejemplo la lengua como lo hace Manuel Baquerizo, o los mitos a la manera de Enrique Urbano, combinando estas aproximaciones monográficas con visiones de conjunto, como las que contrapuestamente nos entregaron Jürgen Golte y Franklin Pease. No queríamos de ninguna manera prescindir de la discusión. Todo quedaba en cuestión, hasta la propia definición de eso que se daba en llamar "cultura andina"; admitida su existencia, era imprescindible preguntarse sobre su situación actual: ¿estaba tan "viva" como en el siglo XVI o por el contrario ofrecía signos de erosión? Pregunta difícil tratándose de una cultura que desde la conquista quedó en una situación dependiente y subordinada, algunas veces respetada por el sistema social dominante pero más frecuentemente perseguida y combatida, en algunos períodos hasta justificar incluso el uso del término "etnocidio". Estos antecedentes hicieron que muchas expresiones culturales fueran consideradas subversivas y tuvieran que realizarse de manera silenciosa y oculta, recurriendo al engaño y la simulación, revistiéndolas de otros ropajes: cultos cristianos que apenas traslucían verdaderas ceremonias indígenas o sistema paralelo de organización sacerdotal mantenido clandestinamente.

Pero los problemas no aparecieron tanto en la dificultad para las indagaciones contemporáneas, sino en que el tema condujo a una ruptura inevitable de la cronología propuesta. La pesada herencia colonial obligaba a retro-

ceder en el tiempo para comprender situaciones contemporáneas: fue así como ingresó en el contenido del número un importante aporte de Karen Spalding, donde tomando como ejemplo a Huarochiri en los siglos XVII y XVIII, trataba de mostrar los lazos entre una cultura dominada y una determinada estructura social.

En una dirección similar el aporte de Pablo Macera, quien además de descubrirnos al hermoso pueblo altiplánico de Ambaná, con sus muros pintados, plantea el papel del arte en el interior de los conflictos sociales. La historia de la cultura andina, de esta manera, no es sólo una discusión sobre el cambio o la permanencia, sino que también implica considerar las tensiones y las luchas que de una manera u otra atraviesan y escinden al agro.

Un momento decisivo para la cultura andina fue el siglo XVIII: mediante las rebeliones se expresó en la praxis que existía una alternativa frente al Perú occidental que querían imponer españoles y criollos. Waldemar Espinoza amplía nuestro conocimiento de estas rebeliones en el norte del virreinato peruano, y en los comentarios bibliográficos de Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, el tema es retomado para discutir las interpretaciones sobre la "gran sublevación" dirigida en 1780 por Túpac Amaru II.

Los aspectos conflictivos en la historia de la cultura andina también aparecen en el artículo de José Deustua, referido a otro período igualmente agitado en el sur andino: los años 1919 y 1923.

Finalmente debemos añadir que este número pretende ser un homenaje a quien se ocupó de manera vital y comprometida con estos temas: José María Arguedas, de quien publicamos dos significativas cartas y sobre quien, por otro lado, escribe Marcin Mróz, analizando la estructura quechua de sus obras.